

Entre los poetas míos...



Philip Levine

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Entre los poetas míos...

Philip Levine

(1928 - 2015)

Nació en Detroit, hijo de inmigrantes judíos. Quedó huérfano de padre a los cinco años. A los catorce comenzó a trabajar en una planta automovilística. Animado por su madre, se inició en la creación poética.

En 1946 se graduó de Segunda Enseñanza e ingresó en la Universidad de Wayne; posteriormente continuó sus estudios en la de Iowa, donde completó una Maestría en Bellas Artes.

Ejerció la enseñanza durante más de treinta años en el Departamento de Inglés en varios centros educativos (Universidad californiana de Fresno, Universidad de Nueva York).

En su obra, Philip expresa el sentido y visión humanista que tiene de la vida, y su compromiso con la causa de los trabajadores, de los marginados, de los humildes. Sus poemas son retratos de la sociedad obrera y sencilla. Otra fuente de su inspiración es España, país donde vivió varios años, fascinado por la tragedia de la Guerra Civil.

Levine tenía poco en común con los poetas académicos de su tiempo. Su estilo sencillo resulta accesible y de fácil comprensión para todo el mundo.

Su producción poética es muy amplia. Entre sus poemarios están: “On the edge”, “Not this pig”, “Red dust”, “One for the rose”, “The simple truth”, “What work is” y “The mercy”... (En la Bibliografía de las últimas páginas se citará una relación más extensa).

-Además de desarrollar una amplia producción poética, fue traductor de Neruda, Vallejo y otros autores españoles.

Obtuvo numerosos premios y galardones. Entre ellos: Premio Pulitzer (en dos ocasiones); Premio de poesía de la Academia de Poetas Americanos (1977); Premio Harriet Monroe de poesía (1978); Premio del Círculo de Críticos del Libro Nacional (1979); Premio del libro nacional de poesía (1980); Premio de la Fundación Guggenheim (1980); Premio Levinson de la revista Poetry (1981); Premio de poesía Ruth Lilly de la Asociación de Poesía Moderna (1987). En 2011 fue elegido Poeta Laureado de los Estados Unidos.

Philip Levine murió en Fresno (California), el 14 de febrero de 2015 a la edad de 87 años.



A mi cuenta

En el dormitorio de al lado sus hermanos no pueden dormir, los dos siguen en la escuela. No pueden esperar a crecer y hacerse hombres para juntar dinero. La otra noche en la cena se sentaron frente a él, su hermano, un hombre, pero un hombre sin nada, sin dinero, o siquiera la posibilidad de juntarlo. Él nunca paga, nunca deja un billete sobre la barra, como diciendo “¡A mi cuenta!” A las cuatro de la mañana, cuando no puede dormir, repite la gastada frase para sí mismo con un giro delicado de la muñeca dejando el billete caer. No puede caminar por miedo a despertar a su madre, que duerme sola en el piso de abajo, en el viejo almacén, al lado de la cocina. Cuando era un niño de doce o catorce, como sus hermanos, nunca supo por qué chicos no mayores que él hacían lo que hacían, los robos, peleas de pandillas, sobredosis violaciones, nunca entendió la furia silente de su padre explotando en golpes y patadas, botellas, platos, vasos arrojados por toda la cocina. La mañana siguiente sería tan tranquila que desde su cuarto, arriba, escucharía la escoba recorriendo el piso mientras su madre recogía los restos, y la oiría cantar para sí misma. Ahora está todo tan claro, tan obvio, se pregunta por qué le ha tomado tanto aceptarlo, y ser adulto de una vez.

Fuente: [Durazno Sangrando](#)

Acerca del encuentro entre García Lorca y Hart Crane

Brooklyn, 1929. Por supuesto Crane ha estado bebiendo y no tiene ni idea de quién es este curioso andaluz, incapaz incluso de comunicarse en el idioma de la poesía. El joven que los ha juntado sabe tanto español como inglés, pero le duele la cabeza de saltar una y otra vez de un idioma a otro. Para descansar un momento se acerca a la ventana a mirar el East River, que va oscureciéndose allí abajo según va llegando la noche. Algo destella enfrente de sus ojos, una visión doble de tal horror que tiene que taparse la boca con las manos para no gritar. No seamos frívolos, no pretendamos que los dos poetas intercambiaron sabiduría o amor o que pasaron un buen rato, no inventemos un diálogo de tal elocuencia que no olvidarían ni las hormigas de nuestra propia casa. Los dos mayores genios poéticos vivos se encontraron, ¿y qué pasó? Una visión le llega a un hombre corriente que observa un asqueroso río. ¿Has tenido alguna vez una visión? ¿Has sacudido la cabeza hasta hacerla pedazos para alejarte bruscamente de la imagen de tu hijo pequeño cayendo a través del espacio, no desde la popa de un barco procedente de Vera Cruz a New York sino desde

el tejado del edificio en que trabaja?
¿Te has levantado de la cama para caminar
incesante hasta el alba para rogar a un Dios inmisericorde
que se llevara estas imágenes? Ah, sí,
bendita sea la imaginación. Nos proporciona
los mitos mediante los que vivimos. Bendito
sea el visionario poder del ser humano
— el único animal que lo tiene —,
bendita la imagen precisa de tu padre
muerto y del mío, muerto, benditas las imágenes
que acechan en los rincones de nuestra vista
y que no desaparecerán. El joven
era mi primo, Arthur Lieberman,
después estudiante de lenguas en Columbia,
que me contó todo esto antes de que muriera
tranquilamente mientras dormía en 1983
en un hotel en Perugia. Un buen hombre,
Arthur, que sobrevivió a la escuela superior,
después volvió a casa a Detroit y vendió
pianos a lo largo de toda la Depresión.
Le prestó a mi hermano uno usado
para que compusiera sus espantosas canciones,
que Arthur pensaba eran obras maestras.
¡Qué imaginación la de Arthur!

(Philip Levine, *The Simple Truth*, 1994)
(Traducción de A. Catalán)

Aquí en el gran cementerio *

Aquí en el gran cementerio
detrás de la fortaleza de Barcelona,
he venido una vez más para contemplar
Las tumbas de mis caídos.

[...]

Entre el cementerio y
el cementerio protestante encontramos tres piedras
las tres en fila: Ferrer Guardia,
B. Durruti, F. Ascaso, los nombres
escritos con rotuladores
y con unas Áes circundadas y homenajes
a la FAI y a la CNT.

[...]

Para dos de ellos hay ofrendas
florales, pero Ascaso afronta
la eternidad con sólo una piedra.
Quizá es como debe ser. Él era
una piedra, una piedra y una espada,
la primera moliendo y afilando
a la otra.

* Dedicado a Francisco Ascaso, líder anarcosindicalista español que murió en el asalto al cuartel de Atarazanas de Barcelona en julio de 1936, y titulado: "Francisco, l'll bring you red carnations"

Belle Isle, 1949

Nos desnudamos la primera noche cálida de primavera
y bajamos corriendo hacia el río Detroit
para bautizarnos en el piélago
de piezas de coches, peces muertos, bicicletas perdidas,
nieve fundida. Recuerdo que nos sumergimos
tomados de la mano con una muchacha polaca de la universidad
a la que no había visto antes, y que el frío
entrecortó nuestros gritos al mismo tiempo,
y la ascensión a través de las capas
de oscuridad hasta la atmósfera final sin luna
que era este mundo, la muchacha saliendo
a la superficie después de mí y alejándose a nado
en las aguas sin estrellas hacia las luces
de la avenida Jefferson y las chimeneas
de la vieja fábrica que ya no parpadeaban.
Volvemos por fin para no ver ninguna isla
sino una calma perfecta oscura hasta
donde alcanzaba la vista, y de pronto una luz
y otra flotando a lo lejos
para conducirnos a casa, barcos graneleros quizá, o fumadores
que caminaban solitarios. Regresar jadeando
a la playa tosca y gris en la que no nos atrevimos
a echarnos, los húmedos montones de ropa,
y vestirnos el uno junto al otro en silencio
para volver al lugar de donde vinimos.

Versión de Jonio González

Fuente: [Otra Iglesia es imposible](#)

El borracho

Le teme al tigre, que espera en su camino.
El tigre toma su tiempo, sonríe y gru e.
Como lunas, los dos vacantes ojos tiran de sus entrañas.
“Que Dios me ayude ahora”, atina a murmurar.
“Qué Dios me ayude ahora, de Dios estoy tan cerca.
Amar y ser amado, beb  yo por amor.
Dame la fe de Pablo o envía una paloma.”
Lo escucha el tigre y se tensa como un báculo.
Al fin, el tigre salta, y al golpear
pútrida marejada agita el alma del borracho.
El tigre, satisfecho, retorna a su patrulla.
Retorna el mundo a sus oficios; el hombre, a su ingenio,
Y, trascuerdo, murmura desde las profundidades,
“La vida era un sueño, ah,  qu  esta muerte sea el sueño!”

Fuente: [El hombre aproximativo](#)

El hogar del silencio

El sol invernal, dorado y exhausto,
se aposenta sobre un irregular ejército
de botellas. Afuera los camiones
se apretujan hacia la carretera despejada,
afuera transcurre una tarde de sábado,
y jovencitas vestidas de negro pasan
cogidas del brazo. Este bar,
es el hogar del silencio, y brindamos
a la salud del silencio sin levantar la voz
a la antigua usanza. Brindamos por las puertas
que no se abren, por las cuatro paredes
que cierran los ojos, las manos que trabajan,
los dedos que cuentan monedas, los pies
que suman diez dedos. A medio camino
como estamos entre nuestro trabajo
y el descanso, sentimos la súbita paz
del vino y la agonía del pan duro.
Colón partió de aquí hace 30 años
y jamás escribió a casa. En sábados
así aún llaman al teléfono preguntando por él.

Traducción Andrés Catalán

Fuente: [El Nacional: tres poemas de Philip Levine](#)

El poema de tiza

Esta mañana, de camino al bajo Broadway,
me crucé con un hombre alto
hablándole al trozo de tiza
que sostenía en la mano derecha. La izquierda
estaba abierta y marcaba el compás,
pues su discurso tenía ritmo;
era un canto o una danza o, quizás,
un poema en francés, pues
era de Senegal y hablaba francés
tan lento y con tanta precisión que yo
podía entenderlo como si me hubiesen arrojado
cincuenta años atrás, hacia
mi clase de instituto. Un hombre esbelto,
elegante en las formas, pulcramente vestido
con los restos de dos trajes azules,
con la corbata firmemente anudada y su camisa blanca
sin planchar, aunque impoluta. Conocía
la historia entera de la tiza, no solo
de aquel trozo en particular, sino
de la tiza con la que yo escribí
mi nombre el día en el que regresé
a la escuela tras la muerte
de mi padre. Conocía el feldespató,
el calcio, las conchas de las ostras; sabía
qué criaturas habían dado su espinazo
hasta formar el polvo temporal
prensado en aquellos conos perfectos,
conocía la tristeza de las aulas
en diciembre, cuando la luz decae
temprano y las palabras de la pizarra
abandonan su gramática y sentido
y, más tarde, incluso sus contornos, de tal modo que
cada letra se expande en todas direcciones
y, al mismo tiempo, no significa nada en absoluto.

Al principio pensé que su barba corta
estaba escarchada de tiza; conforme
nos aproximábamos, a menos de un pie
de distancia, vi que sus pelos eran blancos,
así que a pesar de la juventud que había en sus gestos
era, al igual que yo, un hombre entrado en años, aunque
de apariencia mucho más noble, con sus pómulos altos
y tallados, sus hombros anchos
y sus claros ojos negros. Tenía el porte
de un rey del bajo Broadway, alguien
salido de la mente de Shakespeare o
de García Lorca, alguien por quien la pérdida
se había dulcificado en caridad. Nos enfrentamos
durante aquel largo minuto, ambos
compartiendo el último poema de tiza
mientras la gran ciudad se enfurecía a nuestro
alrededor, y luego el poema se acabó, tal y como lo hacen
todos los poemas, y su mano izquierda se desplomó
hacia un lado bruscamente y me tendió
el trozo de tiza. Yo me incliné ante él,
sabiendo cuánta era la importancia de aquel gesto,
y le escribí mis agradecimientos en el aire,
donde podrán ser escuchados para siempre
bajo el grito endurecido de las conchas del mar.

De *The Simple Truth*, 1995

Versión de J.F.R.

<http://poetassigloveintiuno.blogspot.com.es/2012/07/7213-philip-levine.html>

El regreso: Orihuela, 1965

Para Miguel Hernández

Llegas a una suave elevación
en la estrecha, sinuosa carretera,
los nidos del blanco pueblo
en el valle más abajo. Una brisa
platea las frías hojas
de los olivos, justo como sabías
que lo haría o tal y como lo viste
en sueños. ¿Cuántos días
has esperado hasta este día?
Pronto deberás enfrentarte a un hijo
hecho ya un hombre, una mujer envejecida,
la diminuta casa sellada de la memoria.
Un solitario cuervo desciende contra el sol
y los campos susurran su coraje.

La búsqueda de la sombra de Lorca.

Visor Libros, 2014 Traducción: Andrés Catalán.

Ginebra

La primera vez que bebí ginebra
pensé que debía ser tónico para el cabello.
Mi hermano birló la botella
a un tipo cuyo padre tuvo
un almacén que vendía bebidas alcohólicas
en aquella época antigua, honorable
en la que estas cosas eran consideradas
una droga. Tres de nosotros nos pasamos
la botella, cada trazo aumentaba
nuestra incredulidad. ¿La gente paga
por esto? La gente debe conseguirla
de la misma forma que teníamos que conseguir
las mujeres que nunca tuvimos cerca.
(En realidad eran niñas, pero
no importa, lo importante
era su impenetrabilidad).
Leo, el tercer pirado del grupo,
sugirió a mi hermano que tenía que haber
birlado whisky o brandy canadiense,
pero Eddie defendió su elección
en base a las expresiones
“Casa de la Ginebra” y “Carril de la ginebra”,
que indicaban la superioridad
de la ginebra en el mundo de la bebida,
un mundo en el que estábamos entrando sin
saber lo difícil
que podría ser la salida. Tal vez la felicidad
llegaría con la bebida
sólo después de un cierto período
de aprendizaje. Eddie la comparó
a la autoflagelación del hombre santo
para experimentar la plenitud de la fe.
(Estaba muy instruido para ser un chaval
de catorce años educado en la escuela pública).

Así que hicimos hueco y pasó la botella
una segunda y luego una tercera vez,
en silencio cada uno de nosotros esperaba
alguna transformación. “Uno se acostumbra
a ella”, dijo Leo. “No le sacas
el gusto, pero te acostumbras a él”.
Ahora sé que las neuronas
se fueron muriendo sin propósito terrenal,
que tres muchachos se estaban volviendo
cada vez más desespiritualizados
incluso cuando tenían en sí mismos
estos espíritus, pero entonces pensé
que estaba en el último reparto del mundo
con las estrellas de cine, que poco tiempo después
me estaría afeitando porque
el pelo brotaría
por la pradera plana
de mi pecho y se hundiría, incluso
en la ingle, que primero las niñas
y después las mujeres se sentirían atraídas
por mis encantos. Sorprendentemente, más tarde
sucedió algo de esto, pero
primero había que vaciar la botella,
y tres chicos
tenían que vaciarse de todo
lo que habían tomado tan dolorosamente
y por el medio aún más doloroso
de inclinarse por turnos sobre
la taza del inodoro
para cumplir su penitencia. A continuación
liar los cigarrillos, la inutilidad
de los programas garantizados
ejercicio, las mentiras elaboradas
de conquista que nadie se creía,
formas de tortura sexual y
rechazo inimaginables. A continuación
nuestro cumpleaños decimoquinto,

acné, desodorantes, ladillas, ungüentos,
cortes de pelo masculinos, la solicitud de registro,
las victorias militares y políticas
de Dwight Eisenhower, que nos trajo a
Richard Nixon con la esposa y el perro.
Cualquier maravilla intentamos con la ginebra.

Fuente:

<http://poetassigloveintiuno.blogspot.com.es/2012/07/7213-philip-levine.html>

Irse antes del anochecer

Si tomás la autopista de dos carriles de Tetuán a Fez,
llegarás a un cruce cerca de la mitad del recorrido
donde los carteles están en árabe y los números
desaparecieron. Si un hombre con un bastón de pastor
se agacha bajo un cedro y escupe cáscaras
de pipas de girasol es que llegaste al lugar indicado.
Arrodillate hasta sentir el frío subiendo
despacio entre tus muslos, para instalarse en la cadera.
La luz del sol te arde a lo largo de la nuca
e incita tu cabeza a moverse hacia adelante y atrás,
hasta que adoptaste la postura del que reza.
Una hora pasada del mediodía
principio del año y ya las sombras oscurecen
el pasto amarillo y llenan los surcos marcados
por los neumáticos de las camionetas.
Estás muy cansado. Manejaste toda la noche
entre las dormidas villas romanas de Tarragona y Alicante,
el pueblo blanco de Lorca, en donde el pan
sabía a níquel y a fosfato. Dormiste al lado
de una cueva con ojos pintados y conversaste solo para vos,
atravesaste los cañones con la cara al viento,
con el agua salada colmando tus orejas como un chorro de música
batiendo sobre roca húmeda. La verdad es que no
buscás la verdad, para nada. Escuchá por fin en silencio
a alguien que no es sabio, a alguien
más perdido que vos: bajo un cielo de estaño lluvioso,
en el pueblo de montaña de Mulay Idrís, paré
a un extraño alto y envuelto en la capa raída con que Esaú
huyó de Dios, y le pregunté dónde podía comprar una botella
de agua de lluvia o vino tinto. Él negó con la cabeza despacio,
y dijo: “Esta es una ciudad sagrada”.
Los dos permanecemos cara a cara
en aquella solitaria calle de barro que se desperdigaba en siete
chozas de arcilla marrón, cada una con su puerta cerrada

al rechinar de los pájaros negros. “¿Entonces?” dije.
“Entonces,” me respondió con un inglés perfecto,
“si no te vas antes del anochecer, te cortaré la garganta,”
y él sonrió trazando una herida sobre el corto espacio
que nos separaba. Así que hice dedo hasta Ceuta
con una pareja alemana que negociaba un extraño polen
que me quemaba la nariz. Cerca de las playas secadas
de Passaic, me dediqué a la electrónica e hice mis paces
con obsolescencia. Si no podés oírme escuchá
al menos a quien reza en la tierra del que brota el perfume
del nacimiento y los gusanos, o a los salmos de alas oscuras
y húmedas de las urracas. Ellas se instalan a tu alrededor
fingiendo encontrar granos de trigo entre los espinillos,
semillas en los espesos montículos de pasto, fingiendo que
vinieron por su cuenta o porque sintieron la curiosidad,
fingiendo que la lluvia mantiene sus promesas. A las siete
y media, esta noche, el mundo que perdiste será una sola
oscuridad,
una pluma de terciopelo cerrado, un párpado de urraca.

Fuentes.: [blogspot.Huellas en la ciénaga](https://www.blogspot.com/search/label/Huellas+en+la+ciénaga)

Junto a las aguas del Llobregat

Dos mujeres y una niña pequeña
—de tres o tal vez cuatro años—descansan
bajo la sombra de unos abetos.

Desde lejos el rugido del mundo
va regresando una vez más.
Primero algunas palabras al vuelo

entre los hombres que se despiertan
y luego las máquinas
que se hablan entre sí en el idioma

que comparten con los cuerpos celestiales
—planetas, motas de polvo, lejanos sistemas solares—
y que saben lo que es necesario

hacer y lo hacen. Hace ya tanto tiempo,
piensas, de aquellos días, tan diferentes a estos,
bendecidos por vientos favorables

y olvidados en los himnos
que canturreábamos en el largo camino
volviendo del trabajo o en las fábulas infantiles

que intentábamos creer. Nadie repara
en la niña pequeña y sus vigilantes
han desaparecido y nadie se acurruca

bajo la sombra de los abetos.
El aire, brillante y en calma, se queda
de testigo, la única nube perdida

entre el cielo y este lugar no se mueve,
las montañas bajan la vista y guardan

distancia, en algún lugar lejos

el mar sigue trabajando para sí.
Junto a las aguas del Llobregat
nadie se sienta a llorar por los hijos

del mundo, junto al Ebro, el Tajo,
el Guadalquivir, junto a las aguas
del mundo nadie se sienta y llora.

(Traducción, Andrés Catalán)

La búsqueda de la sombra de Lorca

He visto la ladera. Una ligera brisa que se mueve
por entre las hojas de los olivos. Sí,
este es un poema sobre una muerte histórica,
estaría incompleto si no hubiera una ladera
poblada de olivos, sus hojas volviéndose
plateadas cuando las sacude el terral.
La tierra, con lo que me refiero al suelo, al barro,
es de un gris metálico cubierto aquí y allá
por un polvo arcilloso que puede, o quizás no,
moverse con la brisa. Las hormigas van y vienen
haciendo su tedioso trabajo. Están vivas,
se ocupan de los asuntos de sus vidas,
construyen sus viviendas,
se abastecen, comen lo mejor que pueden.
No recuerdan a la víctima.
Ni siquiera conocieron su nombre, ni la voz,
que resuena todavía en otras voces diferentes,
ni el pelo oscuro que le caía sobre un ojo,
ni sus enojos ni sus celos,, ni su cuerpo
vestido con gastadas prendas de algodón hechas a mano.
(Si estuviera aún con vida podría mirar detenidamente
la camisa ensangrentada, contar los puntos
que sujetaban los puños, y decirte, “No,
esto no es obra de mi abuela”).
Olvida las hormigas, son solamente hormigas,
aunque ellas estén vivas y él no,
aunque sin duda si pudieran se lo comerían,
si en realidad quedara algo por comerse;
aquí los huesos están tan limpios como la porcelana
pues la tierra hace ya mucho tiempo que se comió todo
lo que podía comerse. Pero antes persona a las hormigas
o no llegaremos a nada en esta inútil búsqueda
de la oscuridad que fue y la oscuridad
en que se convirtió. Es agosto. El sol del mediodía

se derrama por este paisaje despiadado
que observó con sus miles de ojos escondidos
en los troncos hendidos y debajo
de las piedras grises y no hizo nada. Alguien
escribió, “El crimen fue en Granada”,
aunque en realidad sucedió aquí entre las hormigas,
las piedras, el polvo, los olivos, la fruta caída, las botas
de hombres armados, los gritos de mujeres y hombres
donde ahora hay solamente silencio y ninguna
oscuridad que podamos llamar suya, de Federico.

EN *La búsqueda de la sombra de Lorca*, Ed. Visor, 1914

La música del tiempo

La joven mujer que cose
junto a la ventana murmura una canción
que no conozco; apenas oigo
unas pocas notas, y cuando los camiones
descienden por la calle llena de huecos
la música se ha ido. Antes de las
sombras que proceden de la
gran catedral, puedo verla
una vez más trabajando, y luego
oigo en el repentino silencio
del anochecer una música silente
salida desde su habitación. Hago a un lado
mis papeles, me lavo y me visto
para comer en uno de esos lugares
de comida marina en las avenidas
cerca del puerto, donde más tarde
irán a dormir los mendigos. Después
camino por horas por el Barrio
Chino pasando por las puertas
abiertas de los pequeños bares y huecos
desde donde las voces de los viejos
ladran canciones pasadas de moda
sobre el desamor. “Esto es el mundo”,
Pienso, “esto es lo que aquí me trajo
hace unos años”. Ahora puedo
volver a mi cuarto de soltero,
puedo echarme despierto en la oscuridad
revisitando todos los sucesos triviales
del día que ha pasado; un día comienza
Cuando el sol aclara las oscuras cúpulas
del dios de alguien más, y yo despierto
en una inundación de polvo a mi venido de
ninguna parte, y de ninguna parte viene
la voz real de alguien más.

*Traducción: José Miguel Herbozo Duarte

La voz de mi hermana

Adormilado en mi silla, oigo
una voz que hace temblar la ventana,
el mismo grito agudo de terror que una vez escuché
por primera vez junto al Guadalquivir
cuando me despertaron el viento y la lluvia
y llamé a alguien que no estaba allí
y escuché una respuesta. Eso fue en España
hace veintiséis años. La voz la suya,
la de mi hermana, y ahora llega de nuevo
para preguntarme cómo nos va sin ella.
Aquella noche junto al gran río
me vestí a oscuras y dejé a solas
a mi familia y caminé hasta que llegó
el alba, helándome, por el borde este
de las montañas. No hallé respuesta,
o nunca aprendí a preguntar, pues
el viento se contesta a sí mismo si esperas
lo suficiente. Sopla a un lado,
luego a otro, los árboles se doblan, se
levantan, la hierba alta se ondula y se inclina,
a todas las voces que alguna vez oíste
las oyes otra vez hasta que te das cuenta
de que no has oído nada. Y, así, aguardo
inmóvil, y mientras el aire se calma
mi pequeña, perdida hermana se tranquiliza,
tan tímida como lo fue toda su vida.
Recuerdo regresar aquella noche
a Sevilla, pasados los depósitos de trenes,
tratando de aferrarme a cada palabra
que ella había pronunciado aunque las palabras
se escaparan de mi boca. Los motores de la máquina
humeaban con el frío. El centinela
con una gorra marrón se incorporó
para despertarse, y sin un solo fuego,

ningún grito humano y ningún pájaro,
el día amaneció sobre todas las cosas.

Traducción Andrés Catalán

Luna reciente

" 2 a.m.

Diciembre y todavía luna
no se alza del río.

Mi madre, que acaba de llegar
del bar donde bebía cerveza,
está ante el armario abierto

con las manos quemantes todavía.
Se alisa el cuello de piel,
la bufanda, estira los guantes

arrugados como cartas.
Nada se ha perdido,
dice a la oscuridad, nada.

La luna, al fin, sobre el pueblo.
Las chimeneas descansan,
el carbón se apila,

los carros inactivos
son por fin blancos,
su mano pequeña emblanquece,

la mano que un extraño retuvo
y dejó libre
mientras jadeaba la marica polaca.

Estoy bebida, dice
y sabe que no. En su silla,
desabrochándose brassier y ligas.

solloza
y espera que sea necesario

moverse.

La luna baja
en un espasmo de plata
rasgando la puerta de anjeo.

Los ojos fogosos
ahogados en el río quieto,
y es ella misma.

Las joyas diminutas
sobre el mentón y la mejilla
oscurecen, se pierden.

y en la oscuridad
nada cae
manchando su falda. "

<http://www.epdlp.com/texto.php?id2=6820>

No pidas nada

En vez de caminar solo por la noche
hacia los suburbios y el campo
duerme bajo el cielo del ocaso;
el polvo que levantan tus pasos
se transforma en lluvia dorada
que cae sobre la tierra como regalo
de un dios desconocido.
Los plátanos a lo largo del dique,
los escasos álamos del valle, aguantan
la respiración cuando cruzas el puente
de madera que no conduce a un
solo lugar donde no hayas estado, pues este
paseo se repite al menos una vez al día si no más.
Esa es la razón de que más allá
de la primera hilera de colinas
donde nunca creció nada, hombres y mujeres
montando mulas, caballos, algunos incluso
a pie, toda tu perdida familia a la que
nunca rezaste para ver, recen para verte,
canten para acercar la luz de la luna
a los últimos rayos del sol. Detrás de ti
parpadean las ventanas de la ciudad,
los hogares se cierran; mientras ante ti las voces
se van apagando como música sobre
aguas profundas, y desaparecen;
incluso los rápidos, cernidos pinzones
se han convertido en humo, y la solitaria
carretera iluminada por la luna
conduce a cualquier lugar.

(Traducción de Alberto Infante)

<http://manuelrico.blogspot.com.es/2014/09/noticia-de-philip-levine-poeta.html>

Por un duro

Nochebuena, 1965

Por un duro tenías una noche al resguardo.
(Un duro era una moneda de cinco pesetas
con el perfil de Franco, la narizota respingona
como si él solo hubiera recibido
el aliento de Dios. En el 65
sólo él recibía el aliento de Dios).

Por un duro podías tumbarte en el vestíbulo
del Hotel Splendide con tu traje de los domingos,
dormir bajo las luces, y levantarte a tiempo
para bendecir la llegada del Hijo.

Por un duro
lo podías tener todo, coches, mujeres,
una comida de siete platos y vistas al mar,
con las camareras inclinándose
al preguntar con reverencia: “¿Más mantequilla?”.

Por un duro compré un paquete de Antillanas y le di uno
al único viajero de la terminal desierta,
un soldado de uniforme. Cuando se agachó
para encenderlo, vi el cogote pálido,
desarreglado. Aún debe estar allí, esperando.

El hotel ya no está, el edificio sí,
un hospital veterinario y un comedor de animales
dirigido por el señor Esteban Ganz, vestido
para trabajar esta mañana con bata blanca,
corbata negra y bambas sucias. Modestamente
me muestra tres cachorros de lobo, pintos,
salvados de la muerte, los feroces gatos silvestres,
recorriendo impacientes la gran jaula como tigres, el tucán
debilitado por un virus desconocido, pero ahora
ya recuperado y acicalándose. Colores bulliciosos:

rojos, verdes y dorados resplandecientes,
idóneos para anuncios que proclaman la paz inter-
galáctica cuando llegue el momento.

Traducción de Eduardo López Truco

<http://www.epdlp.com/escritor.php?id=9098>

Puedes conseguirlo

Mi hermano llega a casa desde el trabajo
y sube las escaleras hasta nuestra habitación.
Oigo la cama quejarse y sus zapatos caer
uno a uno. Puedes conseguirlo, dice.

La luz de la luna se derrama sobre la ventana
y su rostro sin afeitarse palidece
como la cara de la luna. Dormiré
hasta después del mediodía y despertaré
para descubrir que me he ido.

Treinta años pasarán hasta que yo recuerde
ese momento en que de pronto supe que cada hombre
tiene un hermano que muere cuando él duerme
y duerme cuando se alza para enfrentarse a esta vida,

y ambos, juntos, son solo un hombre
compartiendo un corazón que siempre trabaja, manos
amarillentas y cuarteadas, una boca que boquea
en busca de aliento y pregunta: ¿lo conseguiré?

Toda la noche en la fábrica de hielo había alimentado
la rampa con sus bloques plateados, y después yo
apilé cajas de naranjada para los niños
de Kentucky, un gris furgón por vez

y siempre otros dos esperando. Tuvimos veinte años
por poco tiempo y siempre con
la ropa equivocada, encostrada de suciedad
y sudor. Ahora pienso que nunca tuvimos veinte años.

En 1948, en la ciudad de Detroit, fundada
por De la Mothe Cadillac para las lejanas intenciones
de Henry Ford, nadie nació o murió,

nadie caminó por sus calles o cebó un horno,

porque allí no existió ese año, y ahora
ese año se ha desprendido de los viejos periódicos,
calendarios, citas médicas, bonos,
certificados de matrimonio, permisos de conducir.

La ciudad dormía. La nieve se volvió hielo.
Hielo convertido en charcos o ríos
corriendo en las cunetas. Después la hierba lustrosa surgió
entre miles de cuadrados partidos,

y esa hierba murió. Te devuelvo 1948.
Te doy todos los años desde entonces
hasta el próximo. Devuélveme la luna
y su frágil luz cayendo sobre un rostro

Devuélveme a mi hermano, joven, rudo
y furioso, con sus anchos hombros y una maldición
para Dios y unos ojos ardientes con los que contempla
la creación y dice: Puedes conseguirlo.

Versión de Jonio González

Qué es el trabajo

Hacemos una larga cola bajo la lluvia
esperando en Ford Highland Park. Por trabajo.
Ustedes saben qué es el trabajo —si son
lo suficientemente grandes para leer saben
qué es el trabajo, aún si no lo hacen.
Olvídense de ustedes. Hablamos de esperar,
cambiando una y otra vez el pie de apoyo.
Sintiendo la lluvia ligera como bruma
en el pelo, nublandote la visión
hasta que te parece ver a tu hermano
delante tuyo, quizás diez lugares.
Te frotás los anteojos con los dedos,
y es por supuesto otro hermano,
con hombros más pequeños que
el tuyo pero igual de cansados, la sonrisa
que no oculta el empecinamiento,
la triste convicción de no entregarse
a la lluvia, a las horas de tiempo perdido,
a la certeza de que allá adelante
espera un hombre que dirá: “No,
hoy no estamos contratando”, por una
razón cualquiera. Amás a tu hermano,
ahora se te hace casi intolerable el amor
que de pronto te inunda por tu hermano,
que no está a tu lado ni está detrás
ni tampoco adelante porque está en casa
reponiéndose del miserable turno nocturno
en Cadillac para después poder levantarse
antes del mediodía a estudiar alemán.
Trabaja ocho horas por noche para cantar
Wagner, la ópera que vos más odiás,
la peor música jamás inventada.
¿Cuánto hace ya que le dijiste
que lo querías, le agarraste los hombros,

abriste bien los ojos y soltaste esas palabras,
y lo besaste tal vez en la mejilla? Nunca
habías hecho algo tan simple, tan obvio,
no porque fueras demasiado joven o tonto,
no porque fueras celoso o aun mezquino
o incapaz de llorar en
la presencia de otro hombre, no,
sólo porque no sabés qué es el trabajo.

<https://cirujanosdewichita.wordpress.com/tag/philip-levine/>

Resistir

Verdes dedos
que sujetan la ladera,
la mostaza azotada
por los vientos marinos, una brillante
y encarnada amapola inspirando
y espirando. El aroma
de tierra española llega
hasta mí, amarilleada
con mi propia orina.

A 40 millas de Málaga

a casi medio mundo
de casa, estoy en casa y estoy
en ningún sitio, un hombre que envidia
a la hierba.

Dos bueyes curiosoean
uncidos juntos en el verde claro
más abajo. Rechinan sus cencerros. Cuando
caen la oscuridad y la humedad
con el anochecer juntan
sus grandes y lentos cuerpos camino
de los establos.

Si mi espíritu
descendiera ahora, sería
una gaviota extraviada destellando contra
una ascendente ladera, o un ángel
que llorara demasiado fácilmente, o un único
vaso de agua de mar, ya nunca azul
y misteriosa, pero salada todavía.

(From Red Dust, 1971)

(Traducción de A. Catalán)

Últimas palabras

Y si el zapato se cayera del otro pie
¿quién lo oiría? ¿Si la puerta
se abriera a la pura oscuridad
y no fuera un sueño? ¿Si tu vida
acabara de la forma en que acaba un libro
con media página en blanco y los supervivientes
adentrándose en África o la locura?
¿Y si mi vida acabara al acabar la primavera
de 1964 mientras camino a solas
bajando la carretera de la montaña?
Canto para mí una vieja canción. Estudio
la forma en que la nieve resiste, gris
y empapada, bajo la sombra de los abetos.
Me pregunto si la bicicleta estará a salvo escondida
solo un poco más allá del camino. Hacia arriba
la carretera, negra y sinuosa, se pierde
de vista, allí donde se encuentra el valle en el que
viví la mitad de mi vida, fantasmal
y tranquilo. Doy gracias con un suspiro,
y después siento un extraño dolor surgirme
de la parte de atrás de la cabeza,
y se me oscurecen los ojos. Me doblo hacia delante
y apoyo las palmas sobre algo áspero,
el negro asfalto o un campo de rastrojos,
y el movimiento es el del penitente
justo antes de que se levante del todo
con el conocimiento de su enormidad.
Durante ese momento que sobrevivirá
la quema de todas las pequeñas bolsas
de grasa y aceite que son el alma,
yo soy el alma que alcanza hasta
la última falange de mis dedos
y más allá, brillando como diez cirios
en la cripta de la noche para cualquiera

que pueda ver, incluso aunque sean
las 12:40 de la mañana y yo
haya pasado de la oscuridad a un sol
tan feroz que el sudor me chorrea
por los ojos. No me levanto.
Un viento o un animal perdido o un grupo
de niños me arrastra hasta un lado
de la carretera y me da la vuelta
para que mis ojos abiertos se inunden de cielo.
Mis ropas se escabullen carretera
abajo sin mí, inflándose
en múltiples formas, enloquecidas
con la liberación. Mis monedas, anillos,
las llaves de la casa se hicieron añicos
como un trozo de hielo y cayeron entre
las espinas y hierbas de la montaña, como puntos
brillantes que te hacen pensar que hay magia
en todo lo que ves. No, no puede
ser, te dices, pues alguien te está hablando
con calma con una voz que reconoces.
Alguien con vida y confiado ha escrito
cada una de estas palabras exactamente
como las quería en la página.
Has vivido a lo largo de años
de rechazo, de libelo público, de muerte
cayendo como nieve en cualquier cabeza
que eligiera. No eres un niño.
Conoces la verdad. Estoy
aquí, como siempre estuve, leal
a una necesidad de hablar incluso cuando todo
lo que oyes es una leve corriente de aire
que te cosquillea en la oreja. Tal vez.
¿Pero y si ese montón seco
de hojas y tierra no fuera tierra
y hojas sino las gastadas obleas
de un deseo de ser humano? Detén el coche,
apaga el motor, y quédate

en el silencio que envuelve tu vida. Observa
cómo la hierba refleja el fuego, cómo
un viento remonta la colina
con paso seguro hacia ti hasta que te entra
en los oídos como una respiración que va
y viene, liberada de sus ataduras
a la sangre o el habla y que nada desmiente.

(Philip Levine, *Sweet Will*, 1985)
(De la traducción, Andrés Catalán)

Una fábrica abandonada, Detroit

Las puertas están encadenadas, la cerca de alambre
de púas se mantiene en pie,
una autoridad de hierro contra la nieve,
y este gris monumento al sentido común
resiste la intemperie. Temores de manos desocupadas,
de protesta, hombres confabulados, y de la lenta
corrosión de sus mentes, todavía cargan contra esta cerca.
Más allá, a través de ventanas rotas se puede ver
donde las grandes prensas hacían una pausa entre un golpe y otro
y así permanecen, en el aire suspendido, atrapado
en el margen seguro de la eternidad.
Las ruedas de hierro fundido se han parado; uno cuenta los rayos
cuyo movimiento difuminaba,
los puntales que combatió la inercia,
y calcula la pérdida de poder humano,
experto y lento, la pérdida de años,
la progresiva decadencia de la dignidad.
Vivieron hombres dentro de estas fundiciones, hora tras hora;
nada de lo que forjaron sobrevivió a los engranajes oxidados,
lo que podría haber servido para moler su elogio.

(Selected Poems, Atheneum, Nueva York, 1984
Versión de Jonio González

Una historia

Todo el mundo ama las historias. Empecemos con una casa.
Podemos llenarla con cómodas habitaciones y llenar las
habitaciones

con objetos: mesas, sillas, armarios, cajones
cerrados que esconden camas minúsculas
donde los niños durmieron alguna vez
o grandes cajones que bostezan para revelar
prendas dobladas con precisión y lavadas a morir,
impolutas, manidas, esperando a ser gastadas.
Debe haber una cocina, y la cocina
debe tener una estufa, quizás una grande y metálica
con un tubo grueso que desaparezca en el techo
y alcance el cielo y exhale sus olores y conjuras.
Éste era el centro de la vida familiar que fue
alguna vez aquí; éste y el lavabo —amarillento
alrededor del desagüe— donde el agua, pura o no,
huía sin explicación, más o menos como el punto
de la historia que prometimos y aún estamos por cumplir.
Algo es seguro: una familia estuvo aquí. Puedes ver
la senda desgastada en el linóleo donde la madera,
grisácea, desde luego pino, se revela.
El padre se paraba allí en la mitad de su vida
para llamar a los cielos que imaginó lo escuchaban
más allá del techo. Cuando nadie le contestó
puedes ver dónde su zapato golpeó una
y otra vez, aun cuando había sido educado
en nunca exigir. Y no es que la vida fuera especialmente cruel:
tenían agua que subía del pozo fácilmente,
una estufa que daba calor, una madre que permanecía
ante el lavabo a todas horas y miraba añorante
a donde los bosques alguna vez lanzaron voces
de osos pequeños —ellos también una familia— y la canción
de los pájaros hace tanto emigrados cuando los bosques
se rindieron,

un árbol a la vez, ante la llegada de los obreros
con jarras de café. El lugar desgastado en el alféizar
es donde la madre descansaba su cabeza cuando nadie veía,
esas dos crestas manchadas eran los asideros
con los que contaba; nunca la decepcionaron.
¿Dónde está ella ahora? ¿Crees que tienes el derecho
de saberlo todo? ¿Los niños tan pequeños
como para llenar armarios, tan grandes como para tener
habitaciones propias y abandonarlas, el padre
con su mano derecha alzada contra el cielo?
Si esas preguntas son demasiado personales, dinos pues
¿dónde están los bosques? Debieron haber estado
porque el continente estaba vestido de árboles.
Todos leemos eso en la escuela y sabemos que es verdad.
Aun así, todo lo que vemos son casas, filas y filas
de casas hasta donde alcanza la vista, y donde la vista desaparece
hasta la nada, hasta el nuevo mundo nunca visto por nadie,
donde tiene que haber más que polvo, partículas
de tierra ardiente, la tierra que perdimos,
llevadas por el aire, y nada más.

Traducción de Juan Carlos Martínez Franco.
[http://circulodepoesia.com/2014/02/una-historia-
poema-de-philip-levine/](http://circulodepoesia.com/2014/02/una-historia-poema-de-philip-levine/)

Una verdad sencilla

Compré un dólar y medio de patatitas rojas,
me las llevé a casa, las herví sin pelar
y me las comí de cena con un poco de mantequilla y sal.
Luego di un paseo por los campos desiertos
de las afueras de la ciudad. Mediado junio, la luz
cae en los oscuros surcos a mis pies,
y en los robles encima de donde los pájaros
se recogen de noche, los arrendajos y los sinsontes
grazan insistentes, los pinzones se arrojan aún
hacia la última luz. La mujer que me vendió
las patatas era de Polonia; era alguien de mi infancia,
con un suéter de lentejuelas rosas y gafas de sol,
que alababa la perfección de toda su fruta y sus verduras
junto a la carretera y me apremiaba a probarlas,
incluso el maíz crudo dulce, traído hasta aquí,
juraba, desde New Jersey. "Come, come", decía,
"Aunque no quieras, diré que lo hiciste."

Algunas cosas
las has sabido siempre. Son tan sencillas y ciertas
que han de decirse sin elegancia, metro ni rima,
han de ponerse sobre la mesa junto al salero,
el vaso de agua, la ausencia de luz olvidada
en las sombras de los cuadros, han de estar
desnudas y solas, han de sustentarse por sí mismas.
Mi amigo Henri y yo llegamos a esto juntos en 1965,
antes de irme, antes de que empezara a matarse,
y ambos traicionáramos nuestro amor. ¿Puedes probar
lo que te digo? Son cebollas o patatas, una pizca
de sal, la calidad de la mantequilla fresca, es obvio,
se queda en la garganta, como una verdad
que nunca dijiste, porque el tiempo estuvo siempre en contra,
permanece allí para el resto de tu vida, tácita,
hecha del barro que es la tierra, y la piedra que llaman sal,
en una forma para la que no hay palabras, y con la que vives.

Bibliografía

Colecciones de la poesía

- [*Noticias del mundo*](#), Random House, Inc., 2009, ISBN 978-0-307-27223-2
- [*Forastero a nada: poemas escogidos, libros de Bloodaxe*](#), el Reino Unido, 2006, ISBN 978-1-85224-737-9
- [*Aliento*](#) Knopf, 2004, ISBN 978-1-4000-4291-3; reimpresión, Random House, Inc., 2006, ISBN 978-0-375-71078-0
- [*La piedad*](#), Random House, Inc., 1999, ISBN 978-0-375-70135-1
- *Poemas no seleccionados*, prensa de Greenhouse Review, 1997, ISBN 978-0-9655239-0-5
- *La verdad simple*, Alfred A. Knopf, 1994, ISBN 978-0-679-43580-8; Alfred A. Knopf, 1996, ISBN 978-0-679-76584-4
- [*Cual el trabajo es*](#), Knopf, 1992, ISBN 978-0-679-74058-2
- *Nuevos poemas escogidos*, Knopf, 1991, ISBN 978-0-679-40165-0
- *Un paseo con Tom Jefferson*, A.A. Knopf, 1988, ISBN 978-0-394-57038-9
- *Voluntad dulce*, Atheneum, 1985, ISBN 978-0-689-11585-1
- *Poemas escogidos*, Atheneum, 1984, ISBN 978-0-689-11456-4
- *Un para elevarse*, Atheneum, 1981, ISBN 978-0-689-11223-2
- *7 años de en algún sitio*, Atheneum, 1979, ISBN 978-0-689-10974-4
- *Cenizas: poemas nuevos y viejos*, Atheneum, 1979, ISBN 978-0-689-10975-1
- *Los nombres del perdido*, Atheneum, 1.976
- *1933*, Atheneum, 1974, ISBN 978-0-689-10586-9
- *Alimentan ellos león*, Atheneum, 1.972
- *Polvo rojo* (1971)
- *La pared de Pili*, prensa del unicornio, 1971; prensa del unicornio, 1.980
- [*No este cerdo*](#), editorial universitaria metodista, 1968, ISBN 978-0-8195-2038-8; editorial universitaria metodista, 1982, ISBN 978-0-8195-1038-9
- *En el borde* (1963)

- Una verdad sencilla y otros poemas. La mirada creadora. Santander, 2007

Entrevistas

<http://manuelrico.blogspot.com.es/2014/09/noticia-de-philip-levine-poeta.html>

<http://manuelrico.blogspot.com.es/2014/09/noticia-de-philip-levine-poeta.html>

<http://lacentral.com/web/book/?id=9788498958829>

En Internet:

<http://es.knowledger.de/0252448/PhilipLevine%28poeta%29>

<http://2neweb.com/gazete/?p=59134>

http://es.wikipedia.org/wiki/Philip_Levine

<http://manuelrico.blogspot.com.es/2014/09/noticia-de-philip-levine-poeta.html>

[Poemas de Philip Levine \(inglés\)](#)

<http://es.knowledger.de/4390626/CualTrabajoEs>

<http://luisantoniodevillena.es/web/articulos/la-sombra-de-lorca/>

[Entrevista con Philip Levine \(en inglés\)](#)

Indice

3	Resumen biográfico:
5	A mi cuenta
6	Acerca del encuentro entre García Lorca y Hart Crane
8	Aquí el gran cementerio
9	Belle isle, 1949
10	El borracho
11	El hogar del silencio
12	El poema de tiza
14	El regreso: Orihuela, 1965
15	Ginebra
18	Irse antes del anochecer
20	Junto a las aguas del Llobregat
22	La búsqueda de la sombra de Lorca
24	La música del tiempo
25	La voz de mi hermana
27	Luna reciente
29	No pidas nada
30	Por un duro
32	Puedes conseguirlo
34	Qué es el trabajo
36	Resistir
37	Últimas palabras
40	Una fábrica abandonada. Detroit
41	Una historia
43	Una verdad sencilla
45	Bibliografía

Colección de poesía social

"Entre los poetas míos..."

- | | | | |
|----|------------------------|----|---------------------------|
| 1 | Ángela Figuera Aymeric | 39 | Lawence Ferlinghetti |
| 2 | León Felipe | 40 | Francisco Aguirre |
| 3 | Pablo Neruda | 41 | Fayad Jamis |
| 4 | Bertolt Brecht | 42 | Luis Cernuda |
| 5 | Gloria Fuertes | 43 | Elvio Romero |
| 6 | Blas de Otero | 44 | Agostinho Neto |
| 7 | Mario Benedetti | 45 | Dunya Mikhail |
| 8 | Erich Fried | 46 | David González |
| 9 | Gabriel Celaya | 47 | Jesús Munárriz |
| 10 | Adrienne Rich | 48 | Álvaro Yunque |
| 11 | Miguel Hernández | 49 | Elías Letelier |
| 12 | Roque Dalton | 50 | María Ángeles Maeso |
| 13 | Allen Ginsberg | 51 | Pedro Mir |
| 14 | Antonio Orihuela | 52 | Jorge Debravo |
| 15 | Isabel Pérez Montalbán | 53 | Roberto Sosa |
| 16 | Jorge Riechmann | 54 | Mahmud Darwish |
| 17 | Ernesto Cardenal | 55 | Gioconda Belli |
| 18 | Eduardo Galeano | 56 | Yevgueni Yevtushenko |
| 19 | Marcos Ana | 57 | Otto René Castillo |
| 20 | Nazim Hikmet | 58 | Kenneth Rexroth |
| 21 | Rafael Alberti | 59 | Vladimir Maiakovski |
| 22 | Nicolás Guillén | 60 | María Beneyto |
| 23 | Jesús López Pacheco | 61 | José Agustín Goytisolo |
| 24 | Hans Magnus Enzensberg | 62 | Ángel González |
| 25 | Denise Levertov | 63 | Manuel del Cabral |
| 26 | Salustiano Martín | 64 | Endre Farkas |
| 27 | César Vallejo | 65 | Anna Ajmatova |
| 28 | Óscar Alfaro | 66 | Andrés Bellón |
| 29 | Abdellatif Laâbi | 67 | José Portogalo |
| 30 | Elena Cabrejas | 68 | Julio Fausto Aguilera |
| 31 | Enrique Falcón | 69 | Aimé Cesaire |
| 32 | Raúl González Tuñón | 70 | Carmen Soler |
| 33 | Eberto Padilla | 71 | Fernando Beltrán |
| 34 | Wole Soyinka | 72 | Gabriel Impaglione |
| 35 | Fadwa Tuqan | 73 | Roberto Fernández Retamar |
| 36 | Juan Gelman | 74 | Affonso Romano |
| 37 | Manuel Scorza | 75 | Wisława Szymborska |
| 38 | David Eloy Rodríguez | | |

(Continúa)

Colección de poesía social (continuación)

“Entre los poetas míos...”

76	Francisco Cenamor	104	Andrés Eloy Blanco
77	Langston Hughes	105	Bertalicia Peralta
78	Francisco Urondo	106	Jorge Barco
79	Carl Sandburg	107	Angelina Gatell
80	Silvia Cuevas	108	Pier Paolo Pasolini
81	Victoriano Crémer	109	Conrado Santamaría
82	Nicanor Parra	110	Diana Morán
83	Ledo Ivo	111	Uberto Stabile
84	Amiri Baraka	112	César Cantoni
85	Muriel Rukeyser	113	Youssef Saadi
86	Jorge Etcheverry	114	Alejandro Ippolito
87	Akñu Agmad “Adonis”	115	Patricia Vergara Sánchez
88	Víctor Valera “El Chino”	116	Pedro Lezcano
89	Attila József	117	Eduard Ivau Renaud
90	Daisy Zamora	118	Roberto Santoro
91	Eugenio de Nora	119	Ho Chi Minh
92	Mario Jorge de Lellis	120	Margaret Randall
93	Floridor Pérez	121	José Leonel Rugama
94	Yannis Ritsos	122	Félix Sánchez Durán
95	Rosario Castellanos	123	David Franco Monthiel
96	Agustín Millares	124	Samih Al-Qâsim
97	Jesús Lizcano	125	Marge Piercy
98	Amílcar Cabral	126	Javier Heraud
99	Charles Reznikoff	127	J. M ^a . Gómez Valero
100	Antonio Machado	128	Philip Levine
101	Matilde Alba Swan		
102	Juan T. Ávila Laurel		
103	Ferreira Gullar		

Cuaderno 128 de Poesía Crítica

PHILIP LEVINE

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

Febrero

2019

∞